



Fernando Savater

La tarea del héroe

Ariel

Índice

Portada	
Dedicatoria	
Citas	
Prólogo	
Primera parte. Del querer	
I El planteamiento trágico de la ética	
II El protagonismo ético de la voluntad: de Schopenhauer al psicoanálisis	
III Tragedia y libertad	
IV Egoísmo contra identidad	
V El corazón de la ética: reconocimiento	
Segunda parte. Del imaginar	
VI La asunción de la Madre	
VII El amor del Padre	
VIII Esplendor y tarea del héroe	
Apéndice La vida aristocrática	
Tercera parte. Del convivir	
IX El escepticismo ante el mundo nuevo	
X Qué es la revolución antitotalitaria	
XI La legitimación democrática de la creación social	
Apéndice	
XII Legitimación democrática y seguridad ciudadana	
XIII La violencia política: represión, reformismo, revolución	
Despedida	
Cuarta parte. Textos complementarios	
Leer, inventar, olvidar	
Sobre la llamada manipulación del hombre	
El arte como forma de cordura	
El torero como héroe	
Angustia y secreto	
La soledad solidaria del poeta	
Apéndice. Otros textos complementarios incorporados en esta edición	
Del exterminio democrático de la democracia	
El pensamiento narrativo	
La contradicción del progreso	
Notas	

Créditos

*Para Lourdes, como siempre
y porque le es debido.*

*Y para Guillermo, el de Guanajuato,
que ganó su carrera.*

«El hombre no debe ser amigo del sol, debe ser sol. Lo es; el error está en que desconoce su lugar, su patria y, por tanto, su derecho.»

ERNST JÜNGER

«La vida es movimiento y el movimiento tiene que ver con lo que hace moverse al hombre, que es la ambición, el poder, el placer. El tiempo que un hombre puede dedicarle a la moralidad tiene que quitárselo forzosamente al movimiento del que él mismo es parte. Está obligado a elegir entre el bien y el mal tarde o temprano, porque la conciencia moral se lo exige a fin de que pueda vivir consigo mismo el día de mañana. Su conciencia moral es la maldición que tiene que aceptar de los dioses para poder obtener de éstos el derecho de soñar.»

WILLIAM FAULKNER

Prólogo

«Toda pregunta indica la pérdida de una intimidad o el extinguirse de una adoración.»

MARÍA ZAMBRANO

Al principio me bastó la paradoja. ¿Por qué intentar tender puentes cuando uno es todavía lo suficientemente ágil para saltar? Del conflicto entre mis dioses, además, me venía cierto desazonado brío, que quizá me fuera difícil conseguir por otro medio. Pero yo sabía que, en el fondo, tal conflicto era un efecto superficial y que mi dispersión contradictoria era una forma aguda de fidelidad. Digo «en el fondo», porque lo que me ha urgido siempre es la obsesión de ir al fondo, enfermedad ocupacional del filósofo. Uno quiere llegar al fondo y a veces sólo logra irse a pique: es cosa que pasa todos los días, lean los libros de algunos de mis colegas. En el fondo, empero, algo más que mi peculiaridad subjetiva debe enlazar la exaltación del héroe y el rechazo de la identidad personal, la veneración del Padre y la lucha libertaria contra el Estado, el énfasis en lo irrepetible y la pasión de la igualdad, el ateísmo fieramente ávido de alcanzar sus últimas consecuencias individuales y colectivas y el reconocimiento jubiloso de lo sagrado, los afanes de la gloria y la piedad, la fatalidad trágica y el perpetuo desafío a la necesidad de lo necesario, la conjunta certeza de que toda aventura es solitaria y que toda tarea es social, el repudio de la utopía y el mantenimiento de la tensión utópica. Sé que una trama secreta conecta esas apuestas

aparentemente irreconciliables, tal como sé que las islas de un archipiélago son solamente los picos de una misma cordillera submarina. Pero para descubrir ese macizo oculto hay que aprender a ver las aguas, bucear hasta el fondo, irse a pique. Me decidí, pues, a *bajar*.

Este intento de buscar cierta coordinación bajo la zaramba —sana y vital, detestada por los idiotas— de los opuestos no deja de presentar inconvenientes. La preocupación prioritaria por la coherencia es a la filosofía lo que la obsesión por la respetabilidad a la vida social, y padece idénticas limitaciones: nadie que separa lo que es nobleza se empeña en ser respetable, lo mismo que quien alcanza de cuando en cuando a pensar profundamente considera la coherencia como una superstición menor. Respecto al sistematismo larvario que pudiera subyacer a esta pretensión, ni siquiera es preciso recordar el dictamen severo de Nietzsche sobre el sistema como falta de honradez; * como bien señala el escritor mexicano Julio Torri: «El afán sistematizador ha perdido todo crédito en nuestros días, y fuera tan ocioso embestirle aquí, ahora, como decir mal de la hoguera en una asamblea de brujas». Es propio de espíritus a los que cuesta mantenerse reunidos consigo mismos la afición a leyes que garanticen *desde fuera* su ordenado congreso. A esto debe atribuirse la fascinación por la formalización y la matemática que lleva a ciertos hombres de letras a convertirse en hombres de números. Es algo así como empeñarse en que la realidad no está compuesta en verso libre (cuando no en escritura automática, como a menudo se diría), sino en tercetos encadenados u octavas reales; el rigor formalista siempre está al acecho de la *rima* y en cuanto localiza el final de un verso no descansa hasta hallarle su consonante. Se trata de una manía, desde luego, en el sentido más demente de la palabra, y, como tal, no carece en ocasiones de lúgubre fuerza poética, pero los costos en simplificación mecánica y hastío son demasiado altos.

Con estas reservas teóricas ya debe quedar claro que mi propósito estructurado no podía ir demasiado lejos. Pero hay que contar además con mis propias insuficiencias personales: mejor dotado para la anécdota que para la categoría, sólo soy apto para aquellos géneros intermitentes que precisan un talento a ramalazos, como el artículo, la proclama, el acertijo o la blasfemia. Las vastas catedrales teóricas no son precisamente mi fuerte, ni tampoco poseo la paciencia miniaturista del programador de ordenadores. El discreto obispo que deploraba no hace mucho mi patente carencia de una «gran obra» no podrá tampoco esta vez darse por satisfecho; al contrario, a partir de ahora le será lícito afirmar que nunca lograré tenerla, puesto que mi intento de mayor envergadura especulativa desemboca también en una fragmentación irremediable o en un guiño. Y, sin embargo, me he esforzado en este texto durante más de tres años; y el tema de la ética trágica ha sido *mi* tema desde que hace ya trece años comencé a escribir filosofía, con la prodigalidad irresponsable que se me suele reprochar. Pese a todo y sea como fuere, es en este libro donde hallaréis precisamente lo que siempre he querido decir: lector, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Del gran pulpo de la zoología legendaria (el de *Los trabajadores del mar* de Hugo o *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Verne, el que mereció un precioso tratado del llorado Roger Caillois) se dijo que tenía tres corazones. También este libro tentacular tiene tres centros, cada uno capitalizando una de sus tres partes: en la primera, es el capítulo sobre el reconocimiento, donde se expone el fundamento *autónomo* y *ateológico* de la pretensión ética; en la segunda, la descripción del héroe y su misión, que enlaza dicho fundamento con el mito de la virtud como eficacia excelente, constante de nuestras leyendas y nuestros sueños, y en la tercera, el tema de la legitimación democrática de la creación social, donde se propone una visión ética de la revolución. Lo más importante es que estos tres corazo-

nes son planteados como interdependientes, que su destino ha de ser común si la consideración que adelanto de los problemas es medianamente justa. La ética trágica tiene su origen moderno en el pensamiento de uno de los precursores menos reconocidos actualmente, Schopenhauer, y su máximo exponente en una de las obras hoy más publicitadas, la de Federico Nietzsche. Pero es imposible avanzar provechosamente a través de ella sin Spinoza, Hegel, Marx, Freud, Rank, Kierkegaard, Sartre, la escuela de Frankfurt... Entre los más modernos, retengo a un americano recientemente fallecido, Ernst Becker, y un francés, Clément Rosset, pese a las importantes divergencias de interpretación entre ellos o con las opiniones expuestas en esta obra. En la ética trágica se parte de una recusación del racionalismo ético tradicional, de una burla a veces acerba del propósito de *enmendar* el mundo (como la que yo hacía en el capítulo «La ilusión moral» de mi *Filosofía tachada*), para alcanzar — o aproximarse — a una teoría de la invención de los valores desde la voluntad y una doctrina de la acción como metamorfosis creadora perpetuamente amenazada por la esclerosis cosificante. Aunque esta forma de decirlo suena desesperadamente pedante: en realidad se trata, igual que en toda ética, de aprender cómo ser bueno y por qué. Cualquier reflexión ética medianamente pregnante es normativa o pretende serlo; la extenuación académica de los distingos de la metaética o de la ética descriptiva no llevan más que a la adormilada esterilidad de la reflexión moral anglosajona contemporánea, prolongada con un servilismo crecientemente lánguido por sus intolerablemente sensatos seguidores hispanos. ¡Dios mío, haber tenido que aprender lo que es *sentido común* de pazguatos semejantes! Pero, en fin, tengamos paz...

Ética, virtud, deber. ¡Y la legitimación democrática como auténtica revolución! A la vista de este programa, algunos se dirán: «Pensar que se le tuvo un día por *enfant terrible...*». En el prólogo de su muy hermoso (y moralmente

significativo) libro de memorias *Le sabbat*, dice Maurice Sachs que escribe «para exasperar en los jóvenes que me lean el gusto por dos rebeldías: una contra el orden, otra contra el desorden». Idéntico es mi propósito y me atrevería a decir que siempre lo ha sido, aunque también opino, como Sachs, que «*il ne faut pas mettre la charrue devant les boeufs et lutter pour l'ordre avant d'avoir lutté contre*». Heme aquí, pues, en el buen sendero: pero que se lean y se procure entender mis razones, pues quizá no sean las que suelen refrendar el conservadurismo vigente. Ni yo propongo, por descontado, conservadurismo de ningún tipo, sino más bien la creación de algo digno de ser razonablemente conservado. Respecto a mis potenciales aliados, no me hago ilusiones: me he pasado la vida defendiendo lo que me parecía justo codo con codo con gente que me parecía indefendible. Me consuela y me venga pensar que a ellos les habrá ocurrido lo mismo conmigo...

Esta obra es notablemente más escasa de lo que en principio proyecté que fuera. Se complementa en cierta medida con un breve oráculo manual titulado *Invitación a la ética*, escrito simultáneamente y fundado en ella, pero de tono muy diferente. En cualquier caso, se trata de mi despedida de un género literario que quizá he fatigado demasiado en los últimos años; intentaré nuevos modos.

La lista de agradecimientos que exige un libro cuya redacción abarca varios años siempre es en verdad más larga de lo que la estética o el uso aconsejan componer. Quisiera citar en primer lugar la amistad de dos de los más grandes escritores españoles contemporáneos, José Bergamín y Rafael Sánchez Ferlosio, ambos idénticamente preocupados por la cuestión ética, aunque desde ángulos y humores muy dispares: de su compañía o de la lectura de sus páginas nunca me he apartado sin inspiración y ánimo para mis propias reflexiones. La confrontación teórica y el apoyo humano que me han brindado siempre mis compañeros del Departamento de Filosofía de la Facultad de Zorroaga y al-

gunos amigos que con nosotros han colaborado me ha sido intelectual y vitalmente imprescindible; cito *pêle-mêle*: Víctor Gómez Pin, Juan Berraondo, Félix de Azúa, Javier Echeverría, Ferrán Lobo, Tomás Pollán, Pedro Arrarás, Aurelio Arteta, Juan Aranzadi, Javier Muguerza... Lo mismo debo decir de mis alumnos de ética de la Universidad del País Vasco, que me han prestado servicios mucho más importantes de lo que yo podría devolverles con mi docencia. La propia lucha por la dignidad y el reconocimiento del pueblo vasco, en la que me honra participar aunque sea al distante modo del ilustrado, me parece uno de los temas éticamente más esperanzadores de la España democrática. Como en varias de mis obras anteriores, el más decisivo apoyo para la redacción de este libro lo he recibido de Lourdes Ortiz, cuya perspicacia especulativa y energía moral me han ayudado tantas veces y de tantas formas. Gracias, Lourdes. Y también gracias a mi editor y buen amigo José María Guelbenzu, que ha mostrado tan afectuoso interés por esta obra como por las anteriores que puse a su cuidado.

Donostia, 3 de septiembre de 1981

Primera parte

Del querer

La ética considera al hombre en cuanto ser activo, que proyecta y realiza un determinado sueño vital; que fracasa, que se arrepiente o que celebra su victoria; que puede decidirse en un instante contra todo lo que fue su conducta pasada o preferir confirmarla pese a las adversas circunstancias. Pero la ética no se dedica a inventariar y describir los comportamientos: los valora. Su presupuesto básico se desdobra en dos afirmaciones coordinadas: en primer lugar, el hombre puede elegir su empresa, no se ve absolutamente compelido a ella, no es simple correa de transmisión de la fatalidad o del azar; en segundo lugar, hay ciertas acciones que deben ser hechas y otras que deben ser evitadas y es posible justificar racionalmente tal deber. Es decir, la ética tiene como hipótesis de partida la libertad y dignidad humanas. ¿De dónde le viene confianza tan abrumadora? ¿En qué se funda la pretensión moral y cómo se relaciona este fundamento con la actividad de los hombres y con lo que les mueve a obrar? En esta primera parte se proporcionan algunos elementos para intentar responder convincentemente a tales preguntas: un estudio de las doctrinas modernas sobre la voluntad a partir de Schopenhauer, algo acerca de lo que la tragedia enseña respecto a la libertad, una teoría de la acción y la posición fenomenológica del corazón valorador de la ética.

I

El planteamiento trágico de la ética

«El primer pecado del hombre, en el mito del Paraíso, fue esta falsa sabiduría equívoca de una razón ambigua, simplificada y simétrica, que partía en bien y en mal todo saber, como todo sabor en dulce o amargo, pudriendo de raíz los frutos terrestres de la vida.»

JOSÉ BERGAMÍN

Hace pocos meses, el filósofo francés Louis Althusser, uno de los pensadores marxistas más destacados de las últimas décadas, estranguló a su esposa Hélène. Escándalo inaudito y no exento de cierto refocilamiento morboso por parte de los enemigos políticos de Althusser; de inmediato, lluvia de interpretaciones que vinieron a encharcar la tierra baldía en que yacía la víctima de un crimen, el más antiguo e insondable desafío a la sociabilidad del hombre. En el centro, la pregunta: ¿por qué? Enseguida se establecieron dos corrientes explicativas, la una condenatoria y la otra comprensivamente absolutoria. Según la primera, Althusser ha matado porque era un criminal; es decir, se ha revelado por fin su verdadera esencia; por medio del asesinato se ha llegado a convertir definitivamente en lo que íntimamente siempre fue; algunos dejaban caer que como comunista no podía acabar de otra manera. Este modo de ver, por repugnante y cruel que pueda parecernos, no deja de ser el más corriente a la hora de juzgar casos semejantes: el que mata

es un criminal y el que roba es un ladrón; pero no sólo alcanza tal grado a raíz de su delito, sino que en el delito manifiesta finalmente la verdad de su naturaleza y por eso ya siempre será ladrón o asesino, no sólo por todo el resto de su vida, sino también *hacia atrás*, de tal modo que un gesto presente configura por completo el sentido de su pasado y la naturaleza que se revela en ese acto privilegiado es a la vez causa y efecto del acto mismo. Este modo de argumentar vale para los casos habituales, para los crímenes de la sección de sucesos de cualquier diario: un hombre mata a su mujer, otro criminal que se *descubre*, que exhibe su esencia. Se le califica según este descubrimiento, se le cataloga de una vez por todas y eso liquida el problema. Pero Althusser ya estaba calificado y catalogado antes y de una manera sumamente pregnante: se trataba de un destacado pensador, de un profesor mundialmente respetado. Si bien para algunos, en cuanto comunista, puede ser degradado a criminal sin dificultad e incluso con alborozo malsano, para muchos otros la definición oficial de Althusser sigue siendo más fuerte que el torvo apelativo que su gesto propicia. Por esa razón adquiere curso legal la otra serie explicativa, la que se inclina hacia lo absolutorio y trata de volatilizar la contradicción entre la esencia pasada y la esencia presente del ilustre profesor. Pues, en efecto, hay una contradicción patente entre el marbete «filósofo respetado» y el de «criminal»; los partidarios de la solución condenatoria eliminarán lo de filósofo y potenciarán lo de criminal, privándole de la condición filosófica incluso en lo tocante a los años anteriores a su crimen, lo mismo que quienes descalifican la filosofía de Nietzsche porque estaba loco (al final de su vida se reveló lo que siempre había sido) o aquel carlista que rechazaba todas las opiniones de Larra, frecuentemente satíricas del carlismo, con un satisfecho «sí, sí, pero al final se suicidó», como si Larra se hubiera pegado en último extremo un tiro al comprobar lo ineficaces o erróneos que eran sus argumentos contra el carlismo. En cambio, los par-